



Revista de Ciencias Sociales (CI)

ISSN: 0717-2257

bernardo.guerrero@unap.cl

Universidad Arturo Prat

Chile

Valenzuela Espinosa, Iván
Estado, mercado y desarrollo
Revista de Ciencias Sociales (CI), núm. 8, 1998, pp. 122-131
Universidad Arturo Prat
Tarapacá, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70800809>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ESTADO, MERCADO Y DESARROLLO

* Sociólogo. Universidad
Arturo Prat. Correo
electrónico: leandro.
valenzuela@unap.cl.

Iván Valenzuela Espinoza*

En el presente trabajo se hace un análisis crítico de determinados supuestos y premisas centrales de las principales escuelas de pensamiento sobre el desarrollo. Asimismo, se ofrece una conceptualización que pretende arrojar luz sobre el papel del Estado y los mercados en el proceso del desarrollo.

Palabras claves: Estado - Mercado - Desarrollo.

The following paper carries out a critical analysis of certain assumptions and premises of the main schools of thought concerning development. At the same time, an analytical framework will be put forward in order to shed light on the role of the State and the market in the development process.

Key words: State - Market - Development.

INTRODUCCIÓN

El análisis que viene a continuación tiene como objetivo principal señalar las dificultades teóricas y metodológicas que produjeron un grave estancamiento conceptual en los estudios sobre el desarrollo. Esto se expresó, entre otras cosas, en los débiles análisis realizados sobre el Estado y los mercados. En un afán por superar el empantanamiento indicado, se ofrecerán elementos teóricos y metodológicos que estimo necesarios para revitalizar los estudios del desarrollo.

SEPARACIÓN ENTRE ESTADO Y MERCADO EN EL NEOLIBERALISMO

De acuerdo con la doctrina neoliberal, la aplicación de determinadas medidas de carácter técnico espolea un crecimiento económico sostenido. La fórmula básica que se propone es la misma para el conjunto de los países en vías de desarrollo, y consiste en el potenciamiento de las ventajas comparativas, la libertad de comercio y un Estado reducido. El crecimiento económico obtenido bajo esta modalidad supone dar por superada definitivamente la

política centrada en la sustitución de importaciones y en un papel determinante del Estado.

Precisamente los programas de ajuste estructural diseñados por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial se ciñen a lo indicado arriba. Según estas instituciones, el éxito económico del Sudeste asiático debe ser atribuido a la política de promoción de exportaciones ajustada a los preceptos neoliberales. Por consiguiente, estiman que las dificultades económicas y el frecuente estancamiento de América Latina provienen de una más que abultada presencia del Estado en la economía, así como de una nefasta constricción de los mercados. A este respecto, se insiste en la fórmula ya señalada y en su ampliación mediante propuestas de devaluación de la moneda, liberalización del comercio internacional y distintos estímulos al sector privado. La consecuencia de todo ello debería ser la aparición de nuevas “Coreas” en América Latina que dejarán atrás los perennes problemas de déficits en las balanzas de pagos del subcontinente.

El supuesto fundamental del argumento neoliberal da por sentada una rígida dicotomía entre Estado y mercado. Vale decir, ambos son ámbitos nítidamente diferentes y separados uno del otro. El centro de la actividad económica tiene lugar en los mercados, al tiempo que la política se vincula al ámbito estatal. De este modo, lo técnico guarda relación con los mercados y lo ideológico con lo estatal. La consecuencia lógica es que lo último no interfiera en lo primero. La separación en cuestión sería natural y en modo alguno obedecería a aspectos sociales o procesos históricos.

Asimismo, la versión neoliberal sobre los actores en el mercado agudiza la naturalización de su modelo ahistórico y asocial. Dicho actor es la persona económica racional caracterizada por la búsqueda racional de su interés propio en los distintos intercambios que realiza. Desde este ángulo, el ethos empresarial del individuo, el intercambio y el libre mercado se conjugan entre sí como expresiones de la naturaleza humana. Todo ello es racional, eficiente, competitivo y natural. De acuerdo con Granovetter (1985: 483), la versión en cuestión redonda claramente en una concepción de la acción humana atomizada. Además, esta perspectiva ha tenido un eco inigualado dado el elemento ideológico identificado por el mismo autor y que apunta a la solución del problema del orden en el ámbito económico mediante la eliminación de las relaciones sociales gracias a las estructuras económicas autoreguladoras del mercado (1985: 484). La mano invisible de la competencia

neoclásica determina los términos del comercio de tal forma que los individuos que pretendan quebrar las reglas del juego serán debidamente castigados. Apelando a la libertad de los mecanismos internos del mercado, se refuerzan la racionalidad y la competitividad.

Cabe subrayar que al naturalizar el *homo aeconomicus* del mercado inevitablemente lo vaciamos de todo contenido histórico. Así, la universalización de lo histórico es consecuencia lógica de la naturalización de lo social (Kiely; 1995: 30). La maximización de los beneficios requiere como soporte una estructura social subordinada a sus intereses de desarrollo y expansión. Es decir, la estructura social es producto de las necesidades del *ethos* empresarial en su búsqueda de ganancias. Este elemento habría sido decisivo para que la riqueza generada en los inicios de la modernidad fuera reinvertida de manera productiva. Lo significativo de todo el proceso es que se descarta de plano cualquier papel importante de las relaciones sociales de poder (Brenner; 1977:58).

LA SEPARACIÓN Y LA ESTRUCTURA SOCIAL

Sin embargo, el punto de partida del supuesto neoliberal yace inequívocamente en el surgimiento de las relaciones sociales capitalistas en Inglaterra y posteriormente en otras partes de Europa occidental (Brenner; 1977, Hobsbawm; 1968). Lo crucial en este sentido es que la pretendida separación entre Estado y mercado respondió a procesos y luchas sociales. Por tanto, los mercados modernos desde su constitución fueron moldeados, tamizados y definidos por el Estado y los distintos niveles de conflicto y cooperación entre grupos y clases sociales. Carece de sentido presuponer la separación aludida y luego hablar de intervención del Estado en los mercados, pues el análisis debe abocarse más bien a hacer inteligibles su compenetración y entrelazamiento (Block; 1994: 696-705). En definitiva, se debe rechazar el fetichismo (en el sentido dado por Marx) en la relación Estado/mercado (Kiely; 1995).

De otra parte, encontramos la misma insuficiencia analítica en las versiones ortodoxas del marxismo que al igual que el neoliberalismo fetichizan la separación Estado/mercado. Uno de los enfoques más instrumentalistas sostuvo que la base económica determinaba la superestructura política y, por lo mismo, el carácter del Estado. Otros análisis más complejos optaron

por teorizar el estado capitalista en su desempeño funcional conforme a las necesidades de reproducción del capital.

Resulta llamativo que las distintas teorías opuestas al modelo de las ventajas comparativas (Frank, Wallerstein y la Nueva División Internacional del Trabajo, NDIT, y la teoría de modos de producción) echen mano a premisas analíticas muy semejantes a las descritas. Estos marxismos neo-smithianos (Brenner; 1977) precisamente carecen de una teorización apropiada de la estructura social (acumulación originaria), y también presuponen un comportamiento capitalista independiente de las relaciones de producción capitalista. A partir de esta premisa, se activan los distintos mecanismos socioeconómicos que casi por definición son funcionales a la reproducción del capital. Como consecuencia, la “periferia” pasa a ocupar un plano de total subordinación a los intereses económicos de los países centrales. Nada de lo que hagan los actores sociales de la periferia puede alterar significativamente el funcionamiento del engranaje. De este modo, se dicotomiza a más no poder la relación entre estructura y acción social, convirtiéndose los individuos (en el centro y la periferia) en meros espectadores de acontecimientos fuera de su alcance. Las experiencias de los países occidentales inexorablemente se convierten en modelo “natural” de desarrollo capitalista y se fustiga el estancamiento al que ha sido relegada la periferia. Subyace a esta metodología unilateral un claro evolucionismo de nuevo cuño.

En su modelo natural el neoliberalismo establece la inevitabilidad de crecimiento económico, al tiempo que las teorías contrincantes que hemos revisado anuncian un estancamiento igualmente inevitable. Los actores sociales, las clases, los estados y los distintos colectivos no entran en los marcos ofrecidos por ninguna de estas perspectivas.

EL PUNTO MUERTO METODOLÓGICO

La debilidad fundamental de estas aproximaciones es que al dar por sentadas las apariencias inmediatas de las relaciones sociales capitalistas, pasan por alto las conexiones internas entre el mercado económico y el Estado político en el contexto más amplio de la estructura social. El análisis opera con categorías ubicadas en compartimentos estancos donde no hay interpenetración entre ellas. Es la metodología de “esto o lo otro”, de los conceptos excluyentes entre sí, que por consiguiente, acentúa el determinismo

economicista (Meiksins Wood; 1991 y Larraín; 1989). Por tanto, se constituye una cadena de dicotomías que suele ser la siguiente: economía/política, centro/periferia y estructura/acción social, y en la que el primer término cumple el papel determinante.

El punto muerto al que han llevado los estudios sobre el desarrollo se traduce en un estancamiento de la innovación conceptual y teórica. No obstante, en las ciencias sociales han surgido nuevos y estimulantes paradigmas que son de vital importancia para revitalizar los estudios del desarrollo en América Latina (Larraín; 1989 y Kiely; 1995).

En relación a nuestra problemática, importantes innovaciones conceptuales rechazan terminantemente el evolucionismo y las dicotomías que han proliferado en las escuelas de pensamiento analizadas (Giddens; 1984). Apoyándonos en aproximaciones más flexibles, se puede sostener que el problema metodológico básico ha sido tratar el capitalismo en abstracto para posteriormente estimar si éste desarrolla o no las fuerzas productivas. La respuesta dada puede ser afirmativa (crecimiento) o negativa (estancamiento), pero el supuesto es el mismo, es decir, el desarrollo capitalista occidental como modelo natural. El desarrollo en lugar de ser analizado tal como es, es decir, un complejo proceso social histórico es naturalizado y convertido en un problema cuyos dilemas se resuelven técnicamente. El problema se agrava al asociar unilateralmente el progreso a la expansión de las fuerzas productivas. El crecimiento económico es el progreso y se ignora sistemáticamente el lado oscuro de la modernidad. Nuevamente la inevitabilidad del progreso se da a espaldas de los actores sociales y con independencia de los posibles costos sociales y ecológicos en los que se incurre.

HACIA UN NUEVO PARADIGMA

El alcance de la nueva aproximación o paradigma puede ilustrarse en el análisis de la economía política global y de sus relaciones con el desarrollo de América Latina, subrayándose el carácter social del mismo.

En primer lugar, se debe identificar las tendencias globales de la economía de los últimos veinte años. Particularmente se debe aquilatar la presencia que tienen las distintas regiones o zonas del mundo en la internacionalización del capital.

Por otro lado, se debe dar cuenta de las distintas reacciones locales ante las tendencias globales. En suma, es menester analizar acuciosamente la interacción de lo global con lo local.

En relación a la globalización podemos indicar cinco dimensiones básicas (Thompson y McHugh; 1995):

1. La internacionalización de la producción y los servicios. Las transnacionales coordinan y organizan sus operaciones a escala global, procurando que la competencia mundial les permita sacar el máximo provecho de las distintas oportunidades en los distintos países y regiones.
2. Transnacionales sin Estado. Éstas se están convirtiendo en actores centrales en la inversión directa extranjera estableciendo cadenas de servicios o actividades productivas globalmente integradas. Las nuevas organizaciones actúan mediante una compleja red que vincula en distintas relaciones la casa matriz con las organizaciones subsidiarias cruzando las fronteras de los países.
3. Mercados mundiales. Estos mercados crecen y se integran simultáneamente apoyándose en el comercio mundial. Esto hace posible el movimiento de los capitales nacionales más allá de sus respectivos mercados y propende a la disminución del proteccionismo de las industrias nacionales.
4. Mayor integración de la división internacional del trabajo. Prácticamente no hay región del mundo que no se vea incorporada a las actividades financieras o corporativas de la economía mundial, la cual exhibe tendencias que empujan hacia determinadas líneas de especialización en la producción de ciertos bienes y servicios.
5. Internacionalización de los mercados financieros. En años recientes los mercados financieros se han hecho globales viéndose significativamente desregulados. Asimismo, se ha profundizado su integración con la producción lo que ha traído consigo que los bancos transnacionales ofrezcan distintos tipos de servicios a las multinacionales. Simultáneamente numerosos bancos se han convertido en subsidiarios de multinacionales, conformándose así un capital financiero transnacional.

Es preciso señalar que las tendencias de globalización indicadas están considerablemente marcadas por los intereses de los países occidentales. Esto es así dada las ventajas competitivas que tienen los países capitalistas

avanzados. Estas ventajas incluyen el uso de tecnologías de producción masivas, o economías de escala, el manejo de habilidades y mejores niveles de organización, mayores avances en investigación y desarrollo, infraestructura de alto nivel, acceso a créditos e insumos baratos así como mayor presencia en los mercados más ventajosos del Primer Mundo. La globalización de la competencia capitalista conlleva un proceso de centralización y concentración del capital en el mundo occidental e intensifica el desarrollo desigual. Las ventajas competitivas son capaces de contrarrestar los flujos equilibradores de capital mediante los desequilibrios dinámicos provenientes de las distintas innovaciones. Lo anterior redundará en una productividad del trabajo mucho mayor de la que pueda obtenerse en la periferia.

Es decir, en dichos países la acumulación de capital está indisolublemente enlazada al aumento de la productividad del trabajo. Esto significa que aún encontrando salarios más bajos y otras regalías en los países en vías de desarrollo, el grueso de las inversiones capitalistas se realizan en el Primer Mundo pues los mayores salarios se ven más que compensados por una mayor productividad y plusvalía.

La realidad que enfrenta el capital competitivo de la periferia al pretender aumentar sus exportaciones hacia el mundo capitalista “avanzado” es de suma dificultad. La competencia que encuentra es la de capitales que tienen a disposición la más avanzada tecnología, habilidades y mercados. De otra parte, las economías abiertas de la periferia se encuentran en sus propios mercados con el mismo problema de la competencia desigual. Por este motivo, son muchos los autores que abogan por la protección estatal de la acumulación local del capital.

Una conclusión lógica de lo anterior es que el abaratamiento de los costos salariales y los programas de ajuste estructurales no generan las inversiones esperadas. A menudo, los menores salarios aumentan la pobreza masiva sin ningún tipo de compensación a largo plazo en términos de competitividad.

A nivel global, las tendencias indicadas previamente difícilmente disminuirán significativamente el desarrollo desigual. La mayor parte de las inversiones directas extranjeras se concentran en el mundo capitalista desarrollado, y el grueso de la inversión de las transnacionales se concentra en unos pocos países. Sin embargo, a nivel de los países individuales de la periferia, será la estructura social particular la que incidirá en que las Compañía

Transnacionales (CTN) intensifiquen o no el desarrollo desigual. Dicho de otro modo, no son las CTN en sí las que generen desarrollo desigual sino la estructura social más amplia en las que se insertan dichas compañías. Esta estructura social no se deriva mecánicamente de las necesidades del capital sino que debe ser rastreada mediante un análisis empírico exhaustivo de cada caso concreto. Esto es así pues las actividades de la CTN están empotradas (Granovetter; 1985) en los distintos entornos socio-institucionales de las economías nacionales. La inversión de la CTN en cualquier país activa una compleja interacción con la economía nacional donde los efectos sólo pueden ser determinados fehacientemente a posteriori. La noción de empotramiento hace referencia a las complejas interrelaciones entre las actividades económicas, las relaciones sociales y los contextos nacionales donde se manifiestan. El empotramiento de tales relaciones presupone una verdadera articulación de distintos elementos socialmente contruidos. Así mismo, el papel de los actores sociales adquiere gran importancia por su incidencia fundamental en los procesos de construcción social.

El desarrollo es un proceso incierto que finalmente se determina por las acciones y luchas de actores sociales concretos. El desarrollo, por tanto, es en última instancia un proceso social donde los distintos desempeños de los actores y clases sociales, en activos campos de poder, son capaces de actuar significativamente sobre tendencias globales y otros elementos estructurales.

En tal sentido, resulta útil un enfoque comparado del papel del Estado en América Latina y el Sudeste asiático respectivamente (Jenkins; 1990 y Castells; 1997). Las principales conclusiones consisten en señalar el claro involucramiento del Estado en el desarrollo económico de Asia oriental. En dicha región la evolución de los intereses de las clases sociales ha estado íntimamente vinculada al desarrollo y fortalecimiento del Estado, mientras que las clases sociales en América Latina han sido comparativamente mucho más poderosas. Esto ha permitido mayor capacidad y margen de maniobra de los estados con respecto a las clases sociales poderosas. El poder del Estado en Asia oriental facilitó significativamente el abandono de la sustitución de importaciones así como la temprana adopción de la promoción de exportaciones. Asimismo, propició una mucha mayor selectividad que en América Latina al momento de llevar a cabo la apertura a la inversión extranjera. En el caso específico de Corea del Sur, el Estado condujo exitosamente una estrategia

de industrialización que enlazó entre sí la promoción de exportaciones, el control de capitales y las necesarias medidas proteccionistas de algunos mercados locales. El Estado en cada región y país adquiere su fisonomía por las historias sociales respectivas y por los procesos sociales y políticos que continuamente tienen lugar. Queda claro que la falta de autonomía del Estado en América Latina obedece en gran parte a relaciones de poder existentes en los distintos países del subcontinente, al igual que la mayor autonomía del Estado asiático debe ser atribuido a su propia realidad social. La metodología que ha de arrojar luz sobre estos fenómenos ha de ser social, histórica, materialista y comparada. Cabe esperar que este tipo de estudios comparados sobre el Estado y el mercado permitan revitalizar el campo interdisciplinario de los estudios del desarrollo.

CONCLUSIÓN

En las páginas anteriores se ha realizado un examen crítico de algunas de las principales insuficiencias en los estudios del desarrollo. Al mismo tiempo, se ha hecho una propuesta que pretende contribuir parcialmente a la elaboración de una nueva aproximación o paradigma a los estudios del desarrollo. Lo anterior se ha efectuado poniendo el énfasis en el tratamiento del Estado y los mercados.

BIBLIOGRAFÍA

- Brenner, R. The origins of Capitalist Development; New Left Review, N°104; 1977. pp. 25 - 92.
- Block, F. The roles of the State in the economy, En: The Handbook of the Economic Sociology (Compiladores). N. Smelser y R. Swedberg; Princeton, 1994.
- Castells. M. La era de la información, Vol. 1, 211 - 218, Alianza Editorial; Madrid, 1997.
- Giddens, A. The constitution of the society, Blackwell; Oxford, 1984.
- Granovetter, M. Economic Action and Social Structure; American Journal of sociology, 1985. pp. 481 - 510.
- Hosbawm, H. Industry and Empire. Weindelfeld and Nicholson; Londres, 1968.

Jenkins, R. Learning from the Gang. Bulletin of the Latin American Research; 1990. pp. 10, 37, 54.

Larraín, J. Theories of development, Polity; Cambridge, 1989.

Kiely, R. Sociology and development. UCL Press; Londres, 1995.

Thompson, P y D. Mc. Hugh. Work organizations, Mc. Millan; Londres, 1995.

Wood, M. The pristine culture of capitalism. Verso; Londres, 1991.